

tra los luteranos; sería ésta una empresa excesivamente peligrosa, y no cuadra con su prudencia. Carlos se portará en Ratisbona de suerte, que gane para sí á los novadores y se asegure su amistad para valerse de ellos contra Francia» (1).

El embajador imperial Vega creía, por su parte, que el Papa era en su interior enemigo de la guerra contra los protestantes. Por eso aconsejaba que se cogiera á Paulo III por su lado flaco y se le ganara prometiéndole favorecer á los Farnese (2).

Marquina volvió á llegar á Roma el 23 de Febrero de 1546, trayendo la respuesta: que el Emperador había entrado en las condiciones propuestas por el Papa, pero difería, sin embargo, la expedición del instrumento del tratado (3). Esta nueva dilación, lo propio que las negociaciones pacíficas de nuevo intentadas con los protestantes, debían despertar en Paulo III vivas solicitudes (4). La disposición del Papa respecto del Emperador se empeoró todavía por la falta de consideración á sus intereses y deseos, que mostraban en otros negocios los imperiales. Aun prescindiendo del todo de las controversias inacabables sobre los espolios en España y los diezmos del reino de Nápoles, existía toda una serie de otros motivos de disgusto: el asunto de la Pragmática, la exigencia del Emperador sobre la reposición de los Colonna, su conducta respecto los planes matrimoniales que se habían forjado para Victoria Farnese, hija de Pedro Luis, y finalmente, la cuestión de la soberanía feudal sobre Parma y Placencia (5). Una declaración que hizo Granvella en Abril, á Buoncambi, agente de Pedro Luis, no dejó lugar á duda sobre que el Emperador sostenía los derechos del Imperio en ambas ciudades (6).

Sobre las relaciones entre el Emperador y el Papa, ejercieron por mucho tiempo substancial influjo, las violentas contiendas en que se había metido Paulo III con su antiguo adversario el duque Cósimo de Florencia.

Los sentimientos hostiles de Cósimo contra el Papa Farnese,

(1) Druffel, Karl V. IV, 533.

(2) V. la relación de Vega de 12 de Marzo de 1546 en Maurenbrecher 69; cf. Nuntiaturberichte VIII, 271, nota 2.

(3) Cf. la relación de Vega de 30 de Marzo en Maurenbrecher 69*, 70*.

(4) Cf. Druffel IV, 483; Nuntiaturberichte VIII, 471, n. 3.

(5) Cf. Nuntiaturberichte VIII, 43, 56, 488 nota, 510, 524, 572, 590.

(6) V. Affò 109 s.

cuyo trato con los emigrados florentinos parecía sospechoso, eran constantemente atizados por el cardenal Accolti, el cual vivía en Florencia y había jurado vengarse de Paulo III. Aquel hombre peligroso alimentaba los planes más temerarios: en el verano de 1542, cuando eran más tirantes las relaciones entre el Papa y el Emperador, propuso á Carlos V un extenso plan para herir en el corazón á Paulo III. El Emperador debía apoderarse de Roma, poner fin al Poder temporal de los papas, y volver á hacer efectivos los derechos del Imperio (1). Para asegurar á Accolti, había conseguido Cósimo, en el Otoño de 1543, que Carlos V le nombrara su embajador en la Corte de los Médici (2); y como el Papa profiriese amenazas por esta causa, hizole saber Cósimo, que no temía por sí, pues fácilmente hallaría auxilio en el duque de Urbino, Ascanio Colonna, el Abad de Farfa y los perusinos; negóse incondicionalmente á entregar á Accolti, al paso que asintió á un compromiso en la contienda acerca de los diezmos, en la primavera del año 1545 (3). Pero por otra parte, dió inmediatamente ocasión á nuevas desavenencias con Roma la cuestión de la reforma de los monasterios florentinos, sumamente relajados (4). El Duque estaba en particular gravemente exacerbado contra los Dominicos de San Marcos, á quienes acusaba de que, en memoria de Savonarola, fomentaban las tendencias republicanas y la oposición contra los Médici; á lo cual quiso poner fin de una vez por medio de un acto de violencia. El 31 de Agosto de 1545 fueron expulsados los Dominicos de San Marcos, de Santo Domingo de Fiésole y Santa María Magdalena in Mugnone, porque prestaban secretamente asilo á los emigrados. Además hizo Cósimo que su embajador rechazase de la manera más dura las reflexiones y quejas del Papa por este modo de proceder. Sobre esto propuso Paulo III, en un consistorio de Noviembre, un breve dirigido á Cósimo, en el cual se pronunciaba contra él la excomunión, si en el término de tres días después que se le entregase, no fueran repuestos los Dominicos, expulsados sin proceso ni forma jurídica. Entonces cedió Cósimo: los Dominicos pudieron regresar á sus monasterios, pero el

(1) Desjardins III, 25 s.

(2) Costantini 402 s.

(3) Lupo Gentile, Política 92 s.

(4) Ibid. 93 s.

Duque llamó de Roma á su embajador del Caccia (1), dejando allí solamente un agente por nombre Francisco Babbi.

Ya en Marzo de 1546 volvi6se á encender de nuevo la contienda entre Florencia y Roma. Los Dominicos de San Marcos se quejaban de haber prohibido C6simo se dieran limosnas á los conventos, contra lo cual Paulo III public6, el 15 de Marzo, una en6rgica protesta, y mand6 reducir á prisi6n á Babbi, el cual vivía en casa del embajador de Carlos V. Esto hizo que tambi6n el embajador imperial Vega interpusiera en Roma una reclamaci6n, mientras C6simo, por su parte, dirigía un escrito justificándose, al Colegio Cardenalicio. Por muy disgustado que estuviera Carlos V por el violento proceder del Papa, exhort6, sin embargo, al Duque á la moderaci6n; pues, una guerra entre Roma y Florencia, hubiera venido á estorbar gravísimamente sus planes sobre Alemania. Vega tom6 muy á pechos procurar una avenencia, á la cual se lleg6 en Abril (2).

Lo propio que en las amonestaciones á C6simo, mostr6se asimismo en otras cosas, que la guerra contra los Estados protestantes del Imperio constituía el centro de la polítca imperial (3), y no tenía raz6n Paulo III cuando ponía en duda que el Emperador tomara en serio aquella empresa. A la verdad, los temores del Papa se explican f6cilmente, por cuanto Carlos, aun despu6s de su llegada á Ratisbona, continuaba negándose á suscribir el instrumento de la alianza. Entonces manifest6 el Emperador al nuncio Verallo, que debía antes esperar la aquiescencia de Ferdinando I, y alcanzar certidumbre sobre el importe de las concesiones hechas por el Papa de los bienes de la Iglesia de España; y luego que se hubo obtenido ésta, declar6 Carlos, que no podía firmar la alianza antes de la llegada de Ferdinando I. El nuncio Verallo, que no podía ver claro en los complejos senderos de la polítca imperial (4), pas6 entonces una temporada penosa. Transcurría una semana y otra semana sin obtenerse ninguna resoluci6n; y una y otra vez se repetía, que el Papa debía tener aún un poco de paciencia. Así Verallo como el cardenal Truch-

(1) Ibid. 97-102. Cf. Mondaini, *La storia di G. B. Adriani*, Firenze 1905, 31 ss.

(2) Por un breve de 9 de Abril de 1546, Paulo III rog6 al duque, que concediese la recaudaci6n de limosnas, lo que éste hizo tambi6n al punto (Lupo Gentile, *Política* 114-115).

(3) V. *Nuntiaturberichte VIII*, 57.

(4) Ibid. IX, vii.

sess opinaban ser necesario que el cardenal Farnese volviera á presentarse para poner todas las cosas en claro.

Pero el cardenal rehusaba, ante todo, aquel viaje, porque no sabía si su presencia sería bien recibida, y porque todas las trazas eran de que el Emperador pensaba abandonar el plan de la guerra contra los protestantes (1). Por fin, á principios de Mayo de 1546, se mejor6 el aspecto de las cosas. Entonces comunic6 Soto á Verallo, que Carlos V, como quiera que Ferdinando I difería su venida, no esperaba ya sino la llegada del duque Guillermo de Baviera, para ultimar el tratado. A 6 de Mayo escribe Verallo, que el Emperador está trocado, y parece pensar ahora seriamente en la guerra; y asimismo en las siguientes relaciones, anuncia haber señaes de que las cosas toman un sesgo favorable. A mediados de Mayo, Granvella y Soto hicieron esperar una presta resoluci6n, pero recomendando por lo pronto un poco más de reserva y guarda del secreto. El 18 tuvo Verallo audiencia con el Emperador, el cual parecía, sin embargo, resuelto á dejar todavía las cosas por de pronto indecisas, y deseaba que se evitaran las medidas manifiestas (2).

Habiendo luego llegado á Ratisbona á 21 de Mayo el cardenal Madruzzo, se aceler6 finalmente la resoluci6n. Con no pequeña extrañeza suya, vi6se excluido Verallo de las negociaciones que entonces se celebraron; al paso que, con Madruzzo, se llamó adem6s al cardenal Truchsess. Seg6n más tarde supo el nuncio, Carlos V estaba dispuesto á suscribir el tratado de alianza conforme á la segunda redacci6n; pero Madruzzo debía, no obstante, alcanzar todavía de Paulo III otra serie de concesiones. Ante todo, deseaba el Emperador que el Papa, por medio de un convenio particular, se comprometiera á auxiliarle con tropas durante más largo tiempo; á ser posible, hasta el fin de la guerra, ó en otro caso, á lo menos por ocho meses. Asimismo había de ampliarse más el plazo, limitado en el proyecto de contrato á medio año despu6s de la terminaci6n de la campañ, para proceder contra los que estorbaran aquella empresa militar (esto es, contra Francia); por consiguiente, esperaba Carlos V alcanzar por este camino lo que durante muchos años había procurado antes en

(1) Ibid. IX, 8 s., 11 s., 21, 26, 29.

(2) V. la carta de Verallo en las *Nuntiaturberichte IX*, 31 s., 34 s., 40 s., 42 s., 44 s.

vano; es á saber: una alianza duradera con el Papa contra los franceses. También volvió á insistirse en el antiguo deseo de que se elevara el subsidio pecuniario, desde 200 á 300,000 ducados. Las otras pretensiones se referían al consentimiento del Papa para percibir la mitad de las rentas eclesiásticas en los Países Bajos; á que se excitara á los Estados católicos del Imperio, particularmente á los obispos, á prestar un enérgico apoyo, y á que el pago de los auxilios pecuniarios se hiciera, no en Augsburgo y en Venecia, sino en Ratisbona y Trento. Finalmente, debíase otorgar al negociador, cardenal Madruzzo, junto con el cardenal Farnese, la dignidad de Legados para la guerra (1).

A principios de Junio quedaron todas estas cosas determinadas; á pesar de lo cual pasó todavía una semana entera hasta subscribirse el tratado. La causa de esta nueva y última dilación fué, haberse alargado más de lo que esperaba Carlos V las negociaciones con Baviera. El ganarse á dicha potencia parecía al Emperador una condición indispensable para el buen éxito de aquella grande empresa; pues, sólo ella le aseguraba la base de las operaciones en el Imperio, el arsenal y aprovisionamiento de la guerra (2). El 7 de Junio de 1546 llegóse finalmente á ajustar un tratado que debía guardarse rigurosamente secreto, entre Carlos V, Ferdinando I y el duque Guillermo de Baviera, de los cuales el último se obligó á pagar 10,000 ducados de oro, poner á disposición del Emperador una gran parte de su artillería con las municiones correspondientes, y mantener en su país á las tropas imperiales por un módico precio (3).

Aquel mismo día en que se ajustó este convenio, el Emperador llamó al nuncio pontificio Verallo, le inició, amonestándole á guardar el mayor sigilo, en el secreto de sus estipulaciones con Baviera y Madruzzo, y se declaró dispuesto á cumplir su tratado con el Papa. Y en presencia de Verallo, puso Carlos su nombre al pie del documento fechado á 6 de Junio (4), cuyo tenor era el si-

(1) V. Nuntiaturberichte IX, ix—x.

(2) V. Riezler, *Gesch. Bayerns* IV, 342.

(3) Riezler, *Gesch. Bayerns* IV, 339 s.

(4) V. la *carta de Verallo de 7 de Junio de 1546 y la del cardenal Truchsess de 9 de Junio, dirigidas las dos á Farnese, é impresas en las Nuntiaturberichte IX, 65 s., 71 s. El original del tratado firmado por Carlos V se conserva en el *Archivo secreto pontificio* (Nunz. di Germania sotto Paolo III, vol. 3) (cf. *Zeitschr. für Kirchengesch.* IX, 135).

guiente: Hallándose Alemania, desde hace muchos años, desasosegada por las herejías, para gran desgracia suya y con peligro de su ruina, y habiendo sido infructuosos todos los remedios, finalmente se ha reunido en Trento un Concilio general, cuyas resoluciones se niegan ahora á admitir los protestantes y los aliados de Schmalkalda. Por lo cual el Papa y el Emperador se habían resuelto, para honra de Dios y salud de la Cristiandad, á ajustar la siguiente alianza: El Emperador se obliga, ya que todos los medios benignos han salido fallidos, á emprender, con auxilio del Papa, el próximo mes de Junio, la guerra contra los protestantes, los aliados de Schmalkalda y los demás herejes alemanes, con el fin de reducirlos á la antigua y verdadera religión y á la obediencia de la Santa Sede. El Emperador se obliga, además, á no ajustar con los mencionados, sin expreso consentimiento de Su Santidad ó del Legado Apóstolico, ningún convenio que toque al fundamento y fin de la presente empresa, ó estorbe ó dificulte la continuación ó el éxito de ella; principalmente, á no consentir ninguna manera de concesión en cosas atañederas á la religión ó á la constitución de la Iglesia. El Papa promete colocar en Venecia, dentro de un mes después de la conclusión de este contrato, 100,000 ducados, los cuales, junto con los 100,000 colocados en Augsburgo, habrán de ser empleados por los Comisarios de Su Santidad exclusivamente para la guerra próxima. El Papa se obliga además á poner al mando de un Legado, y con los necesarios capitanes, 12,000 infantes de tropas italianas, y 500 jinetes de caballería ligera, y mantenerlos á su costa como tropas auxiliares, durante seis meses, ó en caso de menor duración de la campaña, hasta el fin de ella. Fuera de esto otorga, para la guerra y por un año, la mitad de las rentas eclesiásticas de España, y además todavía otros 500,000 ducados de los bienes feudales de los monasterios españoles. Para la duración de la campaña y otros seis meses después, ambos Príncipes se aseguran auxilio contra cualquiera que molestore al uno ó al otro. Para todos los Estados católicos del Imperio, y generalmente, para todas las Potencias cristianas, queda libre la entrada en esta alianza, la cual habrá de ser confirmada por el Colegio Cardenalicio (1).

(1) V. Nuntiaturberichte IX, 575-578. Una copia de la redacción imperial del tratado se halla también en el Cod. Barb. LVI-107, f. 116 s. de la *Biblioteca Vaticana*.

El cardenal Madruzzo debía llevar personalmente al Papa el instrumento del tratado suscrito por el Emperador, é interceder al propio tiempo por los otros deseos de Carlos. Luego á media noche del mismo día (7/8 de Junio), púsose en camino para Roma el secretario del cardenal, Aurelio Cattaneo, para anunciar la llegada de su señor; y el mismo Madruzzo se partió en la madrugada del 8 de Junio con tanta celeridad, que ni siquiera aguardó el despacho de los documentos requeridos para su comisión, los cuales recibió el 10 de Junio, del correo enviado por el Emperador á su embajador Vega (1).

Las relaciones de Verallo de 1.º á 4 de Junio, que llegaron á Roma el 9, desvanecieron finalmente las dudas que todavía se alimentaban en la Curia, sobre la firme voluntad de Carlos V de principiar la guerra. Cattaneo llegó á la Ciudad Eterna ya en la tarde del 13, y el correo imperial el 18; después de lo cual, el embajador Vega se dirigió inmediatamente á ver al Papa. En la tarde del 19 llegó asimismo el cardenal Madruzzo, quien luego á la mañana siguiente fué recibido en audiencia con Vega por Paulo III. El Papa Farnese aprovechó aquella ocasión para lamentar la excesiva dilación del asunto, y para proponer sus antiguas quejas contra Carlos V sobre la retención del reconocimiento imperial de Pedro Luis como duque de Parma y Plasencia, acerca los conflictos sobre los espolios en España, los diezmos en Nápoles, y la permanencia de la Pragmática; pero Madruzzo se apresuró á darle en todo ello tranquilizadoras seguridades (2).

Como en el tratado se requería expresamente el consentimiento de los cardenales, se hubo de someter la alianza, el 22 de Junio, á una congregación general, la cual se reunió en el palacio de San Marcos, residencia veraniega del Papa. Los cardenales franceses y venecianos promovieron una tan vehemente resistencia, que Paulo III se vió precisado á intervenir personalmente en las deliberaciones. La oposición atacó principalmente las disposiciones sobre enajenación de bienes eclesiásticos en España; y finalmente se pusieron de acuerdo en omitir aquel punto, de-

(1) V. Nuntiaturberichte IX, 69, nota 1; Venet. Depeschen I, 520; cf. Kannengiesser, Karl V. und Maximilian Egmont, Graf von Büren, Freiburg 1895, 135 s. Las credenciales para Madruzzo y Vega, otorgadas por Carlos V con fecha 10 de Junio de 1546, se hallan en el Arch. stor. Ital., 4 serie, XIX, 442 s.

(2) V. Druffel-Brandi, 580 s.; Nuntiaturberichte IX, 88, n. 1; cf. ibid. XI.

jando al Papa el cuidado de procurar otro modo de compensación. Con esto el tratado se admitió por unanimidad (1), y en el despacho se prescindió de hacer mérito de la mencionada mudanza, para no producir una nueva demora. En el fin se añadió todavía la observación: que por el mes de Junio, designado en el instrumento para el comienzo de la empresa, se entendía el corriente mes del año 1546. En esta forma suscribió Paulo III el documento á 26 de Junio, en presencia de Vega y Madruzzo (2). Ya el día antes había sido el cardenal Farnese nombrado en consistorio *legatus de latere* junto al Emperador y el ejército (3); el 4 de Julio se celebró una fiesta en la iglesia de Santa Maria in Aracoeli, en la cual el cardenal Farnese recibió la cruz de Legado, y Octavio Farnese, designado Comandante General de las tropas, el bastón de mariscal y las banderas para la «Guerra contra los Luteranos» (4). Para recaudar los subsidios pecuniarios y armar las tropas, se tomaron en seguida las más amplias disposiciones (5). La prisa era tanto más necesaria, cuanto el Emperador se encontraba en una situación por extremo difícil.

Carlos V había al principio esperado los venideros acaecimientos con gran seguridad, y en una carta íntima á su hermana María, de 9 de Junio de 1546, describía la situación como muy favorable para él: los protestantes tenían agotados los recursos financieros por la guerra contra el duque de Brunsvich; en Sajonia y Hesse reinaba el mayor descontento, así entre los nobles como entre los otros súbditos, los cuales estaban cansados de dejarse extenuar hasta los huesos y someterse á afrentosa servidumbre. A esto se agregaba la división de los novadores en diferentes

(1) Además de la relación de Maffei de 23 de Junio de 1546, que de Leva (IV, 67) fué el primero en utilizar, v. todavía las Acta consist. y otras relaciones impresas por Friedensburg en las Nuntiaturberichte IX, 90, nota 1, como también Druffel-Brandi 565, 582. La noticia de la aceptación del tratado en el consistorio, llegó á Ratisbona el 3 de Julio de 1546 (v. Venet. Depeschen I, 561; ibid. 677 se trata sobre lo que influyó el embajador veneciano en Roma con los cardenales contra el convenio con Carlos V).

(2) V. Kannengiesser, Die Kapitulation zwischen Karl V und Paul III (impreso separado sacado de la Festschrift des protest. Gymnasiums zu Strassburg 188) 215 s.; Nuntiaturberichte IX, 576-578.

(3) V. Acta consist. en las Nuntiaturberichte IX, 90, nota 1.

(4) V. Acta consist. en Raynald 1546, n. 105 y además otras fuentes en las Nuntiaturberichte IX, 98, nota 1; se ha de añadir todavía Casimiro, Aracoeli 328.

(5) Cf. Nuntiaturberichte IX, xiv s., 97 s., 104 s.

sectas, y los copiosos auxilios que podían esperarse del Papa. Además tenía hasta la confianza de mover á algunos de los Príncipes protestantes, como el duque Mauricio de Sajonia y el marqués Alberto de Brandenburgo, á someterse al Concilio en las cosas de la religión. Según esto, tenía el designio de comenzar resueltamente la guerra contra el Príncipe elector de Sajonia y el Landgrave de Hesse, como perturbadores de la paz del país, lo cual justificaría por su proceder contra el duque de Brunsvich. El Emperador opinaba que, aunque este pretexto no podría impedir que los adversarios pensarán que el negocio versaba realmente sobre la religión, serviría sin embargo, en todo caso, para dividirlos (1).

Estas primeras cuentas salieron, desde luego, fallidas en parte. Verdad es que el Emperador ganó, por medio de contratos secretos, al duque Mauricio de Sajonia, á los marqueses Hans de Brandenburgo-Küstrin y Alberto de Brandenburgo-Kulmbach; y logró también que los Príncipes electores del Palatinado y de Brandenburgo se mantuvieran neutrales; pero los alemanes del Sud permanecieron firmes en la alianza con los de Schmalkalda, y se armaron con tal presteza, que pudieron anticiparse al ataque del Emperador; y todavía antes de que la guerra se declarase formalmente, vióse el Emperador amenazado ya seriamente en Ratisbona por el enemigo. Mientras sus tropas estaban lejos, en los Países Bajos, Italia y Hungría, ó comenzaban á reunirse en los puntos de reclutamiento del sud de Alemania, el enemigo tenía ya en todas partes, á mano para disponer de ellos, regimientos y banderas preparados á entrar en campaña.

Por fortuna, la inhabilidad de los de Schmalkalda era mayor todavía que su superioridad; de suerte que Carlos V, en sus Comentarios, en los cuales se complace en enumerar las faltas de sus enemigos, juzga que Dios los había herido de ceguera (2).

En realidad, los de Schmalkalda hubieran podido alcanzar fácilmente la victoria en las primeras semanas, con sólo que hubieran sabido en alguna manera aprovecharse de lo extraordinariamente favorable de las circunstancias. Fuéles, ante todo, por extremo pernicioso, su completo engaño acerca la actitud de Baviera; pues los de Schmalkalda no sospecharon siquiera por

(1) Lanz II, 486 s.

(2) Commentaires, 127.

mucho tiempo, y ni aun luego llegaron á saber con entera certidumbre, que Guillermo IV fuese aliado del Emperador. Creyeron, por el contrario, al canciller Eck, sobre que Baviera guardaría la neutralidad, y contemplaría hacia qué parte se inclinase la fortuna (1). Por efecto de esto fracasó el atrevido ataque de Schärtlin von Burtenbach y Schankwitz, adalides de las primeras tropas aliadas que acudieron de la Alta Alemania. El plan de aquellos dos caudillos había sido sorprender las plazas imperiales de reclutamiento de la Suabia superior, cortar la comunicación de Carlos V con Italia, ocupando los pasos del Tirol, y dispersar luego también el Concilio de Trento. Ya el 9 de Julio tomó Schärtlin á Füssen, pero no pudo perseguir á los imperiales que se retiraron más allá de la próxima frontera bávara, porque le llegó de Augsburgo la orden de guardarse, quebrantando la imaginada neutralidad de Baviera, de empujarla al lado de los enemigos. Schankwitz se había apoderado, en la noche del 9 al 10 de Julio, del fuerte ermitorio de Ehrenberg, junto á Reutte, y luego había penetrado ya hasta Lermoos, cuando recibió él también contraorden. El Consejo de guerra de Ulm no quería irritar á Ferdinando I, esperando obtener su neutralidad; y como por la gran distancia á que se hallaban las tropas de Schärtlin, se temía por Augsburgo y Ulm, se le obligó á retroceder con todo su ejército á 14 de Julio (2).

Los de Schmalkalda pensaron entonces en concentrar todas sus fuerzas, para dirigirse luego contra el Emperador, que se detenía aún en Ratisbona. El 20 de Julio, Schärtlin se reunió con los de Wurtemberg y tomó á Donauwörth.

En los días 3 y 4 de Agosto, se juntaron en la mencionada ciudad los de Sajonia y los de Hesse con las tropas del sud de Alemania, y entonces la fuerza militar de los de Schmalkalda ascendió á unos 30,000 infantes y 4,600 jinetes, con unas cien piezas de artillería (3). Eran, pues, muy superiores al Emperador.

Pero Carlos V había aprovechado el respiro que le dieron sus

(1) V. Riezler, *Gesch. Bayerns* IV, 350, 353-354.

(2) Cf. Ladurner, *Der Einfall der Schmalkaldner in Tirol* (*Archiv für Gesch. Tirols* I, 145 s.); Egelhaaf II, 467 s.; Janssen-Pastor III¹⁸, 627 s. V. también *Nuntiaturreporte IX*, 109 s., 113 s., 117 s.

(3) V. las disquisiciones de Le Mang, *Die Darstellung des Schmalkaldischen Krieges*, publicadas en las *Denkwürdigkeiten Karls V. I*, Jena 1890, 25, u. 7, 61, n. 1.